

Vicente Blasco Ibáñez: utopía de la huerta valenciana en Patagonia

Gloria Siracusa - Lorena Pacheco - Evelyn Klein
UNIVERSIDAD NACIONAL DEL COMAHUE

LA CARACTERIZACIÓN DE VICENTE Blasco Ibáñez (1867-1928) como novelista quizás no alcance para definir la multifacética vida de este escritor español. Acaso habría que identificarlo, además, como intelectual, político, viajero, aventurero, colonizador. En fin, al igual que un personaje novelesco, es capaz de concretar en la realidad las muchas posibilidades de la ficción. Varios críticos de su obra han planteado la conexión clara y explícita entre su literatura y su vida. Anatole France, compañero de conferencias en Argentina, tal vez asombrado ante las excentricidades del valenciano, le habría dicho: «El día que usted escriba sus memorias, habrá escrito la más interesante de sus novelas»¹. Incluso él mismo expresa esta idea en el Prólogo al Lector (1923) de *Los Muertos Mandan* (1909):

Esta fue la última obra de mi vida literaria. Apenas publicada me marché a dar conferencias a la República Argentina y a Chile. El conferenciante se convirtió, sin saber cómo, en colonizador del desierto, en jinete de la llanura patagónica. Olvidé la pluma [...] Pasé seis años sin escribir novelas. Quise crearlas en la realidad. Y entonces fui novelista de hechos no de palabras.²

Cabe preguntarse cuáles fueron esos hechos que lo impulsaron a una vida, aunque de carácter novelesco, tan real como fue su llegada a la Patagonia argentina, la fundación de la Colonia Cervantes y el asentamiento en esas tierras inhóspitas del sur. Paradójicamente, Blasco Ibáñez emprendió su aventura patagónica, según testimonios que mostraremos, escindido entre la racionalidad y pragmatismo de un inmigrante que busca mejorar su situación económica, y sintiéndose él un personaje de ficción que protagonizaba su propia novela.

Con esta comunicación intentamos mostrar que el paso del escritor valenciano por

¹ Cit. por Esther L. Maida, *Inmigrantes en Elto Valle del Río Negro*, General Roca: PubliFadecs, 2001, p. 49.

² Vicente Blasco Ibáñez, *Los muertos mandan* en *Obras Completas*, Madrid: Aguilar, 1969, Tomo II, p. 284.

el *Mundo del fin del mundo*³ (entre 1909 y 1913) no fue una aventura más sino, como establece Joan Oleza⁴, «un corte profundo, el paso de una frontera, más allá de la cual Blasco no volverá a ser lo que era, ni a escribir como escribía». Este horizonte nuevo que resemantiza tanto su vida como su literatura es consecuencia de una mirada utópica que va desde su Valencia natal al espacio geográfico más tarde denominado «Colonia Cervantes». A partir de la conjugación de estos dos espacios geográficos y reales, surge un espacio imaginario, literario, utópico. La Patagonia imaginada y recordada es el cronotopo de *La Tierra de Todos*⁵. Para desentrañar esa *utopía de la huerta valenciana en Patagonia*, por un lado, será preciso volver hacia el proyecto ficcional del ciclo valenciano, anterior a su llegada a la Argentina; por otro, recuperar el sentido del ambicioso programa posterior a esta experiencia en el otro lado del continente, programa que consistió en escribir una serie integrada por novelas sobre los pueblos y personajes americanos que «hablan y piensan en español»⁶.

Los cuentos y novelas del ciclo valenciano⁷ cimentaron la primer etapa narrativa de Blasco. Es sabido el entusiasmo que el autor prodigaba por Émile Zola y su obra; no obstante, esto no implicó necesariamente una aceptación sin concesiones a la teoría de la novela experimental. Estableció giros respecto del modelo que originaron una estética híbrida entre «el naturalismo y el modernismo novelesco»⁸. Así, pues, en estas obras Blasco da una gran importancia a la irrupción del medio ambiente mediante cuadros literarios, a las imponentes descripciones del terruño, pero también a los ideales humanos que se imponen a la adversidad.

Protagonista de esos ideales, quiso reivindicar el trabajo de la noble huerta, al trazar un programa de progreso para sus coterráneos. Quizás haya querido trasladar la idílica arcadía valenciana a las inhóspitas tierras patagónicas y haya aspirado a lograrlo con los campesinos tenaces y laboriosos. ¿Fue Blasco Ibáñez un idealista, que al modo de los socialistas utópicos soñaba con falansterios e ínsulas amuralladas, con topes de equidad y justicia, o fue un aventurero que aspiró a convertirse en un indiano enriquecido que regresa a su patria después de «hacer la América»? Las lecturas que hemos realizado tienden a responder a estas preguntas que, por otra parte, quizás representan las contradicciones más íntimas del escritor.

Blasco realizó tres viajes a la República Argentina: en 1906 fue designado corresponsal del diario *La Nación*; en 1909, contratado por un empresario porteño para ofrecer un programa de conferencias; en 1911, por sugerencia del presidente Figueroa

³ Título de una novela de Luis Sepúlveda, Barcelona, Tusquets, 1988.

⁴ Joan Oleza, «Novelas mandan: Blasco Ibáñez y la musa realista de la modernidad» en *Debats*: Valencia, N° 64-65, 1999, pp. 95-111, p. 108.

⁵ Vicente Blasco Ibáñez, *La Tierra de Todos en Obras Completas*, Madrid: Aguilar, 1969 Tomo III, pp. 6-146.

⁶ Vicente Blasco Ibáñez, «Introducción» a *La Barraca y Cañas y Barro*, México: Porrúa, 1999, p. 26

⁷ *Arroz y tartana* (1894), *Flor de Mayo* (1895), *La barraca* (1898), *Entre naranjos* (1900), *Sónnica cortesana* (1901) y *Cañas y barro* (1902).

⁸ Carlos Longhurst, «La estética de la novela en el cambio de siglo: Blasco y el 98», *Debats*: Valencia, 64-65, 1999, pp. 112-119, p. 117.

Alcorta. Después de su segunda estada y de la publicación de *Argentina y sus grandezas* (1910), Blasco elaboró un proyecto de colonización motivado por la política de Inmigración y Colonización dispuesta por el gobierno desde mediados del siglo XIX.

Así, pues, en marzo de 1911 arribó al país acompañado por un contingente de casi treinta familias valencianas que se instalaron a trabajar las tierras del Alto Valle del río Negro. Sin embargo, y a pesar del incansable esfuerzo y sacrificio de esta gente, las esperanzas que Blasco pusiera en su iniciativa de crear una colonia agrícola basada en el sistema valenciano de cultivo intensivo se vieron malogradas. De tal suerte, ante el fracaso, Blasco Ibáñez abandonó su empresa y se marchó a la provincia de Corrientes.

Si bien sus biógrafos y críticos se empeñan en designar su permanencia en Argentina y en la Patagonia en particular, como una *aventura*—tesitura que el propio Blasco se encargó de abonar—los preparativos y planes de la colonización correspondieron a una empresa bien planificada, con los recaudos de un colono consciente de su función. No obstante, «Don Blasco», como se lo llamará luego, fiel al estilo que supo imponer, matizó su papel de fundador de pueblos con cierto pintoresquismo de personaje de novela de aventuras. Así lo declaró: «Con mi poncho y mis polainas de cuero y mi winchester... Yo, allí, soy un héroe de *Mayne Red*»⁹.

El silencio narrativo que se impuso durante su estancia en Argentina lo interrumpe al volver a España y publicar *Los argonautas*: «Ahora hace vida de gaicho en las soledades de la Patagonia», son las palabras que pone en boca de supuestos lectores que «mejor enterados que otros, más constantes y fieles»¹⁰ se extrañan por ese silencio de más de seis años sin escribir novelas. Piensa que el público ha comenzado a olvidarlo y no se resigna a que su nombre suene cada vez menos.

Blasco Ibáñez se propone, luego de la aventura americana, un ambicioso programa literario¹¹, una especie de Gran Epopeya a modo de la *Comedia Humana* de su admirado Balzac. Georg Lukács¹² piensa que el escritor francés en esta obra hace precisamente lo contrario de aquello que era su propósito: escribir no sobre la tragedia del latifundio, sino más bien sobre el perjuicio del fraccionamiento de la tierra. Justamente en esa contradicción entre el hombre político y el escritor estaría la grandeza universal de Balzac reconocida por un pensador como Engels, a quien sabemos situado en las antípodas del pensamiento balzaciano. Creemos que cuando el escritor valenciano acepta las dos leguas de tierra a la vera del río Negro, un latifundio, y proyecta la parcelación para su posterior entrega a las familias valencianas que trajo de España, también escribirá sobre la misma tragedia, ya que su empresa colonizadora fracasa estrepitosamente y una de las causas fue justamente las dificultades con las que debieron luchar el escritor devenido en terrateniente y los campesinos, en la puja por la propiedad

⁹ Cit. por J. L. León Roca, *Vicente Blasco Ibáñez*, Valencia: ed. del autor, 1990 (4 ed.), p. 402.

¹⁰ Vicente Blasco Ibáñez, *Los Argonautas*, en *Obras Completas*, Madrid: Aguilar, 1969, Tomo II, pp. 489-795, p. 489.

¹¹ E. Díez Echarri y J. M. Roca Franquesa, «La prosa postromántica», en *Historia General de la Literatura Española e Hispanoamericana*, Madrid: Aguilar, 1968, pp. 1115-19.

¹² Georg Lukács, *Ensayos sobre el realismo*, Buenos Aires: Siglo XX, 1970, p. 33.

territorial. También en él se da la paradoja de Balzac, el conflicto entre el proyecto y la ejecución, la contradicción entre el revolucionario de ideas socialistas y el terrateniente intransigente ante las demandas de los colonos. La tensión entre el político y el literato se resuelve cuando Blasco acepta el fracaso de su empresa, entrega las tierras, y vuelve a su patria a retomar lo que mejor sabe hacer: escribir novelas, seguramente tarea más fácil y gratificante que «vivirlas».

El trabajo que se había propuesto, escribir un vasto bloque novelesco integrado por una serie de novelas sobre los pueblos y personajes americanos, se convierte en una empresa literaria trunca dado que solamente escribió dos novelas de las seis o siete que integrarían el corpus: *Los Argonautas* y *La Tierra de Todos*. Después, la primera Guerra Mundial. Otros proyectos distrajeran al novelista hasta que la serie americana quedó definitivamente en el olvido.

Los Argonautas (1914) fue denominado por el autor «libro prólogo» y fue el primero de la colección incompleta. Años después, en un prólogo¹³ a esta novela, escribe:

Todas las observaciones que hice durante mi vida en América, las he olvidado o las juzgo ahora sin novedad [...] Me lancé a escribir *Los Argonautas* después de ocho años de continuas e incasantes lecturas, buscando todo lo concerniente a la gran epopeya del descubrimiento y conquista de América¹⁴.

No obstante, en esta novela encontramos rasgos autobiográficos: el viaje a América, el barco que trae a estos modernos *argonautas* en pos de una epopeya conquistadora, a favor de un nuevo *descubrimiento* de otro mundo allende el Atlántico. ¿Acaso no percibimos en Fernando de Ojeda un alter-ego del autor? Ambos son fervientes lectores de los románticos franceses y alemanes, aman la música, especialmente el canto lírico, Wagner y Verdi son sus favoritos; anticlericales, amantes de las charlas, admiradores de las bellas mujeres y muy enamoradizos; tienen espíritu aventurero, si bien no demuestran poseer un acendrado espíritu mercantilista ni ser materialistas a ultranza, el dinero y los bienes son tema recurrente en sus conversaciones.

Son tantos los rasgos comunes que al hablar de la criatura literaria es imposible soslayar a su creador. La voz del personaje bien puede representar a la del autor como puede percibirse en los siguientes fragmentos:

Podía intentar en América algo fructuoso y de rápido éxito¹⁵.

Un sacrificio de dos años: ni uno más! Bien sabido es que en América basta ese

¹³ Leyendo estas confesiones advertimos algunas contradicciones. En principio, este afán de prologar *a posteriori* sus novelas, cuando en su Carta a Julio Cejador, de 1918, había afirmado rechazar todo tipo de prólogos, manifiestos literarios y teorías estéticas porque delegaba en la crítica la tarea de producirlos.

¹⁴ *Los Argonautas*, *op. cit.*, p. 490.

¹⁵ *Los Argonautas*, *op. cit.*, p. 509.

tiempo para que un hombre inteligente conquiste riquezas¹⁶.

Asimismo, es interesante cotejar estas palabras de Fernando con unas declaraciones del propio Blasco en 1909, al *Heraldo de Madrid*:

No comprendo por qué los intelectuales españoles no vamos a América a enriquecernos [...] Quién duda que si los intelectuales vamos allá en poco tiempo conseguiremos enriquecernos¹⁷.

También el protagonista quiere aprovechar la costumbre de la época de importar intelectuales europeos para dar conferencias en América como un medio de ganar dinero. Por eso se permite hacer una subestimación irónica sobre la *cultura* de los argentinos diciendo:

Creo que usted y yo podríamos dedicarnos a eso de las conferencias. Según parece gusta mucho en América y proporciona dinero. ¡Qué países tan interesantes! ¡Pagar para oír discursos!¹⁸

En la novela *La Tierra de Todos* puede verse que ese olvido o subestimación de las experiencias vividas en América no es más que una de las tantas contradicciones del autor. El espacio patagónico se hace presente aquí no sólo como lugar de las peripecias de los personajes sino como un horizonte en el que el propio Blasco ha quedado atrapado. Lejos de olvidar su experiencia en la Patagonia, la revive en esta novela, como una autobiografía espejada en el personaje de Manuel Robledo:

Robledo llevaba muchos años vagando por la América del Sur, como ingeniero, pero plegándose a las más extraordinarias transformaciones, como si reviviesen en él, por ser español, las inquietudes aventureras de los antiguos conquistadores¹⁹.

A pesar de su condición de *conquistador*, el personaje gusta mostrarse como transculturado, snobismo común a escritores europeos y aún argentinos²⁰:

Guardaba Torrebianca entre sus papeles un retrato enviado por Robledo, en el que aparecía a caballo, cubierta la cabeza con un casco blanco y el cuerpo con un poncho. Varios mestizos colocaban piquetes con banderotas en una llanura de aspecto salvaje, que por primera vez iba a sentir las huellas de la civilización

¹⁶ *Los Argonautas*, *op. cit.*, p. 510.

¹⁷ Cit. por Esther Maida *op. cit.*, p. 41.

¹⁸ *Los Argonautas*, *op. cit.*, p. 620.

¹⁹ *La Tierra de Todos*, *op. cit.*, p. 10.

²⁰ Tales los de la «generación del 80» o los «prosistas fragmentarios», como Lucio V. Mansilla, Miguel Cané o Eduardo Wilde.

material²¹.

Esta postura «teatral» del personaje que utiliza la vestimenta como forma de acercamiento cultural es semejante a la que observamos anteriormente, en la que el propio Blasco Ibáñez se jactaba de su atuendo.

El espacio patagónico aparece evocado en la novela a partir de sus principales características geográficas. Incluso en algunos pasajes el tono del relato se asemeja a la descripción histórica de los ensayos que componen *Argentina y sus grandezas*:

[...] inmensa llanura barrida en invierno por huracanes fríos que levantan columnas de polvo, y sin más habitantes naturales que las bandas de avestruces y el puma vagabundo, que, cuando siente hambre, osa atacar al hombre solitario²².

La Tierra de Todos sintetiza, de alguna manera, el carácter ideal al querer proyectar ese espacio, nombrarlo, volverlo lenguaje:

El desierto parece dar un baño de energía, que purifica y transforma a los hombres fugitivos del viejo mundo, preparándolos para una nueva existencia. Encontrarás en aquel país náufragos de todas las catástrofes, que han llegado lo mismo que los otros que se salvan nadando, hasta poner el pie en una isla bienaventurada. Todas las diferencias de nacionalidad, de casta y de nacimiento desaparecen. Allí sólo hay hombres. La tierra donde yo vivo es... la tierra de todos²³.

La narrativa utópica expresa una actitud de transformación; se sustenta en un imaginario de lo posible, en un estado que oscila entre el sueño y la esperanza, en la concepción de una alteridad que revierte un mundo injusto en una especie de «paraíso» de una sociedad mejor. En el pensamiento utópico subyace una idea de mundo más generosa, sin egoísmos, con tolerancia.

En *Los Argonautas* aparece un rasgo del imaginario utópico: la concreción de un viaje como instancia previa para alcanzar «el lugar que todavía no es, pero puede ser». El proyecto personal de Blasco respondía a las demandas de la sociedad contemporánea, ya que cada época produce una utopía comunitaria diferente. En la Europa de la *belle époque*, que se encaminaba al desastre de la Gran Guerra, bien podría haber sido una utopía para los provincianos de Valencia la idea de fundar ciudades-estado, emplazamientos de poder, sedes de un estado administrador. Así, Blasco comenzó a soñar con una pequeña *arcadia* enclavada en las tierras patagónicas, revitalizando la idea humanista de la *nusquam terra*, convirtiéndola en «eutopía» o posibilidad de un lugar bueno. Por esto se mostró optimista en una carta a su editor Francisco Sempere en la que le dice que Río Negro tiene un clima parecido al de Valencia, sobra el agua, los árboles

²¹ *La Tierra de Todos*, op. cit., p. 11.

²² *La Tierra de Todos*, op. cit., p. 14.

²³ *La Tierra de Todos*, op. cit., p. 31.

frutales producen manzanas y peras de tamaño descomunal; la alfalfa crece por metros, los álamos alcanzan alturas inusitadas; en síntesis: la huerta valenciana es posible²⁴. Luego se abocó a la tarea de reunir compatriotas que lo ayudaran a concretar esa *utopía popular*, mediante la promesa de una vida mejor.

La utopía siempre parte del proyecto de la polis: la ciudad planificada, amurallada, según parámetros arquitectónicos exigentes y perfectamente diseñados. La ciudad se planifica según el criterio de abaratamiento: si las personas se agrupan en un lugar, viven mejor. Cuando a Vicente Blasco Ibáñez se le conceden las dos leguas de tierra en el Territorio Nacional, consciente de la «insularidad» del espacio, pero entusiasmado por la posibilidad de un espacio idealizado, se aboca a planificar no solamente la sistematización de las obras de regadío sino también la ciudad:

Por aquí haré construir canales para que absorban las aguas del río Negro y puedan regar las dos leguas de tierras que dedicaré al cultivo intenso [...] Esto lo dedicaré a calles, donde se construirán las viviendas de los colonos. En el centro, la plaza principal. Los colonos tendrán su cooperativa, el mantenimiento durante todo el año, libres de explotación de los particulares. No faltará con el tiempo el casino, centro de reunión; su biblioteca, sus periódicos de España y del país, su escuela, gimnasio, campos de deporte, etc²⁵.

Estas palabras revelan su intención de diseñar una colonia moderna a «la española» que llamará simbólicamente «Cervantes». Podemos hallar algunos principios de control de gestión de toda comunidad organizada, como son la convivencia solidaria, la planificación de actividades intelectuales y la ocupación de las horas de ocio de los habitantes de esta ciudad ideal. Pero Blasco no opta por la racionalidad solamente, sino también por la pasión que se evidencia en el terrible juego de lo que puede manejar y de lo que se le va de las manos, como son los conflictos con los labriegos valencianos, verdaderas revueltas populares. Cuando se agota la posibilidad de diálogo, ya no hay utopía.

En conclusión, se ha querido mostrar de qué modo los años vividos en la Patagonia llevaron al escritor valenciano a una transformación de su vida y su literatura. De modo semejante, esta experiencia, signada por el fracaso de la empresa colonizadora, dejó profundas huellas en el espacio patagónico. En efecto, Cervantes, como tantas otras localidades del sur argentino, debe su fundación a un fracaso. Aún así, la literatura posterior a su llegada a América lo ha compensado con enorme éxito. Con marcado carácter utópico, las novelas *Los Argonautas* y *La tierra de todos* muestran la necesidad ontológica de Blasco Ibáñez de un espacio real e imaginario en el que sea posible regresar al origen: Valencia.

²⁴ León Roca, *op. cit.*, p. 412.

²⁵ *Ibidem*, pp. 399-40.

BIBLIOGRAFÍA

- Bauzá, Hugo Francisco, *El imaginario Clásico. Edad de Oro, Utopía y Arcadia*, Universidad de Santiago de Compostela, 1993.
- Blasco Ibáñez, Vicente, *Argentina y sus grandezas*, Madrid: La Editorial Española Americana, 1910.
- , *Conferencias de Buenos Aires*, en *Obras Completas*, Madrid: Aguilar, 1969, Tomo III, pp. 1181-1336.
- , *La Tierra de Todos*, en *Obras Completas*, Madrid: Aguilar, 1969 Tomo III, pp. 6-146.
- , *Los Argonautas*, en *Obras Completas*, Madrid: Aguilar, 1969, Tomo II, pp. 489-795.
- , *Los muertos mandan* en *Obras Completas*, Madrid: Aguilar, 1969, Tomo II, p. 283-425.
- , *La Barraca y Cañas y Barro*, México: Porrúa, 1999.
- Díez Echarrí, E. y Roca Franquesa J. M., «La prosa postromántica», en *Historia General de la Literatura Española e Hispanoamericana*, Madrid: Aguilar, 1968, pp. 1115-19.
- León Roca, José Luis, *Vicente Blasco Ibáñez*, Valencia: ed. del autor, 1990 (4 ed.).
- Longhurst, Carlos, «La estética de la novela en el cambio de siglo: Blasco y el 98», *Debats: Valencia*, 64-65, 1999, pp. 112-119.
- Lukács, Georg, *Ensayos sobre el realismo*, Buenos Aires: Siglo XX, 1970.
- Maida, Esther L., *Inmigrantes en el Alto Valle del Río Negro*, General Roca: PubliFadecs, 2001.
- Maravall, José Antonio, *Utopía y reformismo en la España de los Austrias*, Madrid: Siglo XXI, 1982.
- Oleza, Joan, «Novelas mandan: Blasco Ibáñez y la musa realista de la modernidad» *Debats: Valencia*, N° 64-65, 1999, pp. 95-111.
- Oreja, Pablo Fermín, «Blasco Ibáñez, Colonizador de Río Negro», *Diario Río Negro*, General Roca, Río Negro, Argentina, 12 de noviembre de 1966.
- , «A 108 años del nacimiento y 47 de la muerte del colonizador de Cervantes», *Diario Río Negro*, General Roca, Río Negro, Argentina, 26 de enero de 1975.
- Smith, Paul, «Cien años de crítica en torno a Blasco Ibáñez: consideraciones literarias y no literarias», *Debats: Valencia*, 64-65, 1999, pp. 87-93.